

Entreabriendo las puertas: perspectivas actuales de la literatura fantástica latinoamericana

Reflexiones en torno a lo fantástico

Empezamos este texto con una aseveración: la presencia de la literatura fantástica en Latinoamérica es innegable.

Afortunadamente, la evidencia histórica nos respalda.

Basta mirar hacia atrás, o incluso parar la oreja, para encontrarnos con la amplia tradición de relatos legendarios que recorren el continente –como los compilados en *Tradiciones Peruanas* (1842) de Ricardo Palma, o bien, las recopiladas en *Historias de vivos y muertos. Leyendas, tradiciones y sucedidos del México Virreinal* (1936), de Artemio de Valle Arizpe–. Relatos que, por cierto, contienen en sí mismos la característica fundacional de las narrativas fantásticas e insólitas: la oposición entre dos cosmovisiones. Una racional, atravesada por el imperio de la ciencia y la razón, para la cual no existe otra realidad más que la alcanzada, de manera objetiva, por los sentidos; y otra irracional, cuya percepción de la realidad rebasa el universo tangible para mezclarse también con lo invisible –dioses, espíritus, male-

ficios, etcétera–, que también funge como parte fundamental en la construcción de la realidad.

Esta oposición entre lo racional y lo irracional; entre lo real y lo imaginario; entre lo tangible y lo intangible abre un espacio de lucha, de conflicto, cuyo choque posibilita la aparición de lo fantástico. Aquello que en términos todorovianos fue nombrado como la vacilación, o bien, el tiempo de la duda; es decir, ese momento crítico en el que la posibilidad racional y la irracional se encuentran ante *algo* que no puede ser explicado bajo ningún código, hasta entonces, conocido. De este modo, lo fantástico logra poner en jaque nuestro instinto racional para forzarnos a mirar los símbolos, los valores, las creencias con las que leemos y participamos de nuestra normalidad; para que nos replanteemos su validez e, incluso, su vigencia. Al hacerlo, lo fantástico logra que veamos la parte oscura, silenciada y podrida no sólo del individuo, sino también, muchas veces, del cuerpo social.

Con base en lo anterior, no es gratuito que una pieza fundamental del fantástico sea el *unheimlich*, o bien, lo siniestro, que consiste en la manifestación de todo

aquello que *debía quedar oculto y secreto* (Freud, 1919: 12). Esto resulta crucial, puesto que, al revelar el secreto —ya sea lo extraño en lo normal, o bien, lo invisible dentro de lo visible—, lo fantástico fragmenta la normalidad; por ello, en palabras de Roger Callois, “manifiesta un escándalo, una rajadura, una irrupción casi insoportable en el mundo real” (Callois, 1970, p. 11), pues lo fantástico, al transgredir el paradigma, rompe también con toda noción (y sensación) de certeza. En este sentido, lo fantástico está necesaria —e irremediablemente— vinculado al terreno de lo político en tanto, como afirma Rosemary Jackson, lo fantástico siempre refleja, entre líneas, lo no dicho y lo no visto de la cultura (Jackson, 1981, p. 6).

Por esta razón, lo fantástico en la literatura latinoamericana resulta crucial.

Dentro de una expectativa global que enaltece la democracia, el progreso y la estabilidad política como elementos base para la conformación de un Estado funcional, la mayoría de los países latinoamericanos están marcados por el otro lado de esa “deseada” normalidad; es decir, por la violencia, la corrupción política, la inestabilidad, la pobreza y, sobre todo, por la huella de regímenes totalitarios antidemocráticos que, más que salvaguardar a su sociedad, atentaron contra ella.

Lo fantástico en la literatura Latinoamericana

Continuamos este texto con la misma aseveración: hoy por hoy, la presencia de la literatura fantástica en Latinoamérica es innegable, y la evidencia continúa respaldándonos.

Basta mirar la historiografía literaria de nuestro lado del continente.

Poner la mirada —quizá en una primera instancia, por ser una parada obligatoria en la historia de la literatura latinoamericana— en el Modernismo, periodo en el que obras como “Thanathopia” de Ruben Darío, *El donador de almas* de Amado Nervo, y *Las fuerzas extrañas*, de Leopoldo Lugones, articularon una primera mirada sobre el género en Latinoamérica a partir de los referentes románticos. Pero mirar también otros nombres: el de Juana Manuela Gorrit, Juan Montalvo, José María Roa Bárcenas, Eduardo Blanco, Manuel Gutiérrez Nájera, Bernardo Couto Castillo, quienes, desde las lindes del siglo XIX, también miraron el género para gestar una apropiación que se extendería hasta llegar a los y las grandes maestras del género en el siglo XX: Amparo Dávila, Silvina Ocampo, Pilar Dughi, Jorge Luis Borges, Emiliano González, Ana de Gómez Mayorga, Francisco Tario, Julio Cortázar, Guadalupe Dueñas, Raúl Navarrete, y así hasta llegar al presente, este siglo XXI donde la presencia resuena más fuerte que nunca, pues nombres como Mariana Enríquez, Cecilia Eudave, Liliana Colanzi, Lola Ancira, Bernardo Esquinca, Mónica Ojeda, Jorge Baradit, Samantha Schweblin, Gabriela Damián, Andrea Chapela, etcétera, se imprimen día con día en las portadas de libros que dan vuelta al territorio nacional, latinoamericano e internacional.

Sin embargo, estos nombres son más que un listado: conforman una muestra de cómo en una Latinoamérica atravesada por crisis humanitarias, sociales, políticas e identitarias; traspasada por violencias que se desbordan y traumas que no pueden pronunciarse, la literatura fantástica

se enraiza como una posibilidad narrativa para repensar críticamente nuestro presente y todos los tiempos pasados o futuros que lo habitan. Porque en este tiempo de lo indecible, donde las palabras no alcanzan para enunciar un realismo avejentado, lo fantástico abre la puerta para mostrarnos que hay otras retóricas, otros lenguajes y otras imaginaciones posibles. Muestra de esto lo encontrarán en el presente número de *Fuentes Humanísticas* en el que presentamos seis artículos que exploran los elementos fantásticos, tanto en el drama como en la narrativa breve; el presente y el futuro del canon; la impronta fantástica, la ciencia ficción y el posible fin del mundo.

A propósito de estos textos podemos rescatar algunas ideas: si bien, tradicionalmente hemos visto en los géneros realistas el interés, casi imperativo, por explorar tanto a la sociedad, como a los elementos (y conflictos), humanos, ideológicos, morales, filosóficos, etcétera, que la conforman, mientras que la literatura fantástica ha sido portadora, por siglos, de una connotación aparentemente lúdica, a veces, hasta distractora, hoy podemos aseverar que al interior de la literatura fantástica latinoamericana se han actualizado ciertas problemáticas sociales a través de expresiones que no se ciñen a la literatura mimética. Podemos aseverar, incluso, que estas fronteras antes útiles no existen en el contexto latinoamericano actual, pues los géneros no miméticos estudiados en el presente número han actualizado la discusión sobre riesgos sociales y ambientales latentes, así como la memoria de la dictadura o la lucha por el cuerpo desde el feminismo.

Las colaboraciones de Lucía Vázquez, “Vamos a quemar: progresión de mundos

después del fin”, y de Rodrigo Rosas Mendoza, “El Futuro que ya no es: cuentos de ciencia ficción mexicana contemporánea”, exploran un *corpus* de narrativa especulativa cultivada en Argentina, en el caso de Vázquez, y México, en el caso de Rosas Mendoza. De sus trabajos nos permitimos anticipar como los futuros se han actualizado a partir de la relación con las crisis del presente y la relación de nuestras sociedades con la imposibilidad de futuros que no sean distopías. Karina Mashelin Reséndiz, por su parte, reflexiona la manera como la maternidad, su gestión y autonomía son exploradas en el cuento “Conservas” de Samanta Schweblin. Su trabajo abona a los estudios recientes sobre autoras latinoamericanas que han obtenido reconocimiento literario y crítico por la manera como sus obras han dado un giro a los géneros no miméticos (por ejemplo, Mariana Enríquez, Liliana Colanzi o Mónica Ojeda).

Tenemos, por otra parte, que considerar que la literatura fantástica ya no se ciñe al conflicto entre lo real y lo imposible, como fue establecido por la obra céntrica de Todorov (1994). David Roas (2016) indica que ya no hay que plantearse la incertidumbre o la duda como ejes analíticos; él refiere que ahora es la inexplicabilidad del fenómeno que se está viviendo en el texto. Rosalba Campra (2019) también plantea la idea de lo fantástico como un fenómeno de escritura. En este tenor, el trabajo de Román Manuel Rojas Chávez, “La construcción del terror neofantástico en ‘La lucha’ (2019), de Claudia Cabrera”, estudia las características temáticas y textuales que el género adquiere en la obra que ocupa su estudio. Por otra parte, Juan Fernando Hernández García, en “Un extraño ha entrado en mi casa: Lo fantástico

espacial en dos dramas hispanoamericanos”, acomete una intrépida propuesta: de qué manera se manifiesta el elemento fantástico en dos obras de teatro que, además, se hacen cargo de abordar la represión estatal y su efecto en los sujetos.

Más allá de lo temático y lo textual en el género fantástico, también debemos

recordar que el género ha resultado campo fértil para explorar “al otro”. Ese espejo que nos ofrece la literatura es abordado por Antonio Durán Ruiz y José Martínez Torres. El artículo regresa al minotauro que Borges retrató en “La casa de Asterión” y las posibilidades de experimentar el relato desde la voz del monstruo.

MAGDALENA LÓPEZ¹, ISABEL ALCÁNTARA², MICHELLE MONTER³,
EDGAR RODRÍGUEZ⁴, VLADIMIR VILLALOBOS⁵

¹ Universidad Autónoma Metropolitana. og.magdalo.49@gmail.com

² Colegio de Ciencias y Humanidades, UNAM. isanami7@gmail.com

³ Universidad Veracruzana. totolxic@gmail.com

⁴ Universidad Autónoma Metropolitana. amonter.michelle@gmail.com

⁵ Universidad Autónoma Metropolitana. vladimirvl@hotmail.com